

vuestra esperanza. Negar á Satanás es el síntoma más alarmante y que hace desesperar de vuestra salud. Porque Satanás, eterno contradictor de Jesucristo, ha querido disputarle las almas de los hombres, siguiendo caminos opuestos. Jesucristo triunfa de nosotros, cuando le confesamos; por esto exige que le confesemos. Satanás triunfa de nosotros cuando le negamos; por esto aspira á hacerse negar. Temed las asechanzas de la antigua serpiente.

CAPITULO XIX.

SUMARIO.

Palabras de Voltaire, reconociendo la existencia de Satanás.—El hecho que no se niega de la redención, supone, necesariamente la existencia de aquel.—¿Quiénes son Satanás y sus ángeles segun el catolicismo.—Algunas reflexiones.

“Satanás es el cristianismo; sin Satanás no hay cristianismo” ha dicho Voltaire, el mofador eterno de todos los dogmas cristianos, el negador sistemático de todas las afirmaciones católicas. Y con esto ha defendido ante los tribunales del sentido comun la existencia real del enemigo de Dios y de la humanidad. Y en efecto, quitad á Satanás, y habreis borrado con una plumada del libro de la historia, y arrancado á

la voz de la tradicion universal las tremendas escenas del paraíso, y las magníficas promesas que siguieron, y el más conmovedor y grandioso de los espectáculos que ha visto y tocado el linage humano, y la más trascendental y maravillosa de las revoluciones que han agitado la sociedad, curándola, regenerándola y civilizándola. Si la especie humana no estaba encadenada, ¿a qué venir y brindarle con la libertad? Si no habia un señor que la dominase y la cautivase, ¿qué necesidad habria de un Redentor que la restituyese una dignidad que jamas habia perdido, y que la rescatara de un cautiverio á que nunca habia entrado? ¡Mentira es la redencion, mentira la regeneracion del mundo, mentira la civilizacion cristiana, si Satanás es mentira!

Si existe, pues, el cristianismo, si la regeneracion del mundo es más que una vana palabra, si su civilizacion está como encarnada en todas sus instituciones sociales, políticas y religiosas, y rebosa por todos y cada uno de sus poros; si la redencion de la humanidad y del hombre es un hecho, Satanás existe, Satanás no es un mito, Satanás no es la personificacion del mal, Satanás no es una alegoría, Satanás no es el espantajo de las conciencias, sino un sér real, un personaje histórico y una verdadera personalidad.

Satanás existe, por más que se clame y se grite hoy que es una invencion de la tiranía y del sacerdocio; pues tal clamor y semejante grito no son el clamor ni el grito siquiera propios de los que porfian por echar á tierra la creencia general acerca de su existencia, sino un eco del grito y del clamor del mismo Satanás, que quiere que se le niegue, para que no se le tema; que se le destierre de la sociedad, para reinar en ella mejor. Sabe muy bien que su presencia espanta, y por eso se oculta: que si le conocen los hombres, ninguno le admitirá como rey; y por esto cifra su afan en permanecer ignorado.

Y sin embargo, se mueve, decia Galileo, hablando de la tierra; y sin embargo, existe, decimos nosotros, refiriéndonos á Satanás.

Pero no se trata de solos nosotros, ni de solos los católicos, para contentarnos con este género de demostraciones, acaso las más enérgicas y poderosas, pero que suponen verdades contra las que algunos se rebelan. Se trata principalmente de nuestros adversarios, que no son católicos, aunque se dicen filósofos. Tomémosles la palabra, y demostrémosles, ó que no lo son, ó que si lo son, deben admitir la existencia de ese sér que se empeñan en negar, cuando

ellos mismos son monumentos vivos que depoen en favor de su pavorosa existencia,

Pero, ¿quién es Satanás? ¿Sebe la Iglesia católica á qué atenerse en todo lo que enseña relativo á Satanás y á sus ángeles? Ni Satanás ni sus ángeles son de toda eternidad, como Dios; sino seres criados por Dios, espíritus tentadores y engañadores, no por naturaleza, sino por malicia; no por constitucion, sino por perversidad de su voluntad. Son criaturas de naturaleza superior á la naturaleza del hombre, y más poderosas que éstos, por lo mismo que les aventajan en dotes naturales y en perfeccion. Son criaturas que, como los hombres, debieron tener una época de prueba, de la cual, dotados de libertad para hacer el bien ó el mal, y de inteligencia para conocerlos, podian salir vencedores ó vencidos, y por lo mismo, dignos del laurel y de la palma, ó del tormento y del azote. La felicidad perdurable, igualmente que la eterna desgracia, no se reparten indiferentemente: para gozar de la primera, como para sufrir la segunda, se necesitan merecimientos. La misma ley respecto de los ángeles que de los hombres, porque en unos y en otros hay de comun la misma base moral, más ó ménos amplia, más ó ménos extensa, pero fundamentalmente la misma.

Si el hombre pudo caer y ha caido, cae y caerá todos los dias miéntras se encuentre en el campo de batalla y sea soldado en el gran combate de la vida, miéntras esté pasando por la prueba que ha de fijar tarde ó temprano su destino, ¿por qué los ángeles no podrian haber caido de la altura en que los habia colocado su Creador? ¿por qué no podria haber sido vencidos en el combate y cedido á la prueba? Lo pudieron los hombres, lo pudieron los ángeles pues tanto unos como otros fueron criados para merecer la felicidad eterna por medio de su amor libre hácia el sér que los crió. Ni unos ni otros fueron confirmados en el bien al recibir la existencia, sino hasta despues que huviesen luchado y conquistado la victoria.

Estas criaturas, pues, decaidas de su grandeza original, porque siendo libres no quisieron prestar el obsequio de su inteligencia y de su voluntad á la voluntad y á la inteligencia divinas, á pesar de la superioridad de su naturaleza respecto de la naturaleza del hombre, nada tienen de absurdas, como lo sostiene Allan Kardec en su obra *El cielo y el Infierno*. Absurdas serian, si siendo libres para elegir entre el bien y el mal, no hubieran podido seguir en su eleccion deliberada este último extremo; una vez que

aunque inteligencias más perfectas que el hombre, no eran ni podían ser perfectísimas como Dios, único entre los seres libres incapaz de hacer el mal, porque su santidad y bondad son infinitas; atributos que no caben en criatura alguna.

La Iglesia sabe también á que atenerse sobre este punto, porque siempre tiene delante de los ojos la historia de las obras de Dios, escrita por Dios mismo ó bajo su inspiración, porque continuamente tiene el oído atento á las voces de la tradición universal, que sin duda tienen su origen en el cielo, supuesto que nada ha podido acallarlas en el mundo, ni el trascurso de los siglos, ni el ímpetu de las pasiones, ni las mil revoluciones y cataclismos de que ha sido teatro la sociedad universal. No importa que la Iglesia no sepa de cierto cuál fué la causa de la rebelión angélica, ni de la condenación eterna que se la siguió; si el pecado cometido por Satanás y los suyos fué de envidia ó de soberbia, si el dogma que motivó su apostasía fué el reconocimiento que se les propuso de la Encarnación futura del Verbo. Todo esto nada tiene que ver con la verdad del hecho de la rebelión, expresamente consignado en el libro de los libros.

Para que una cosa sea cierta, para afirmar que realmente existe, no es necesario, como quiere el mismo Allan Kardec, que se conozca su causa, ni ménos que se rinda acerca de ella una explicación minuciosa. El que se ignore la causa, que en verdad se sabe con más certeza que aquella con que constan otros hechos históricos sobre los cuales ninguno duda, el que falte la explicación detallada, que no falta en cuanto es necesaria para formar opinión razonable y creencia firmísima, no autoriza á nadie, que se extime en algo y no esté destituido de sentido común, para asegurar en tono magistral, como de contrario se asegura, que la existencia de esas criaturas desgraciadas es una *obra de pura imaginación*.

En las cosas que están delante de nuestros ojos y al alcance de nuestra inteligencia, casi siempre ignoramos la causa de este ó de aquel fenómeno, casi nunca tenemos acerca de esos fenómenos una explicación satisfactoria; y sin embargo, nadie se atrevería, sin exponerse á la rechifla universal, ó á que se le declarara demente, ó á negar el hecho ni el fenómeno con tan ridículo pretexto.

Negad la existencia del granizo, porque no sabéis de cierto cuál es la causa que le produce,